

puesto de diversas partes reunidas bajo un jefe común. Si bien Leopoldo no tuvo de derecho el mismo poder sobre los círculos que Darío sobre sus provincias, no puede negársele que lo tuvo de hecho. Prevaleció el mismo abuso respecto de la dignidad suprema pudiendo el imperio germánico aunque electivo ser considerado tal vez como hereditario. (a)

El sistema militar de José II ha gozado entre nosotros igual reputación que el de Ciro entre los antiguos. Hicieron ambos monarcas consistir la principal fuerza de sus armas en la caballería; solo se diferenciaron en que Ciro creyó, que la seguridad de sus Estados dependía de las plazas fuertes, y el otro creyó deber destruirlas.

Las opiniones religiosas del moderno imperio de Occidente estaban divididas en católicos, y en diversas sectas de protestantes, así como los adoradores de Mithra, Jehovah, Júpiter, Brahma y Apis componían la sociedad religiosa en el Oriente.

El sistema feudal abrumaba al labrador alemán poco mas ó menos del mismo modo que la esclavitud á los vasallos del gran rey. Sin embargo, entre esos hombres desgraciados resalta una notable diferencia, que consiste en las costumbres de ambos pueblos, siendo las del primero justas y puras por la poderosa razón de su indigencia, sin que por eso deba inferirse que en Alemania se carecía de instrucción. Encuétrase por el contrario en mi concepto mas instrucción y buen sentido en el pueblo alemán que en ninguna otra nación de Europa sin exceptuar la Inglaterra, cuyo pueblo está lleno de preocupaciones. Una de las principales causas que sirve para sostener la moral entre los alemanes proviene de la virtud de su clero. (b) En otra parte me ocuparé de este asunto.

CAPITULO LVIII.

CONTINUACIÓN.—LAS ARTES EN PERSIA Y EN ALEMANIA.—POESIA.—KREESHNA.—KLOPSTOCK.—FRAGMENTO DEL POEMA MAHABARAT SACADO DEL SANSKRITO.—FRAGMENTO DEL POEMA DEL MESIAS.—SACONTALA.—EVANDRO.

Los jardines aéreos de Babilonia, y los vastos palacios de los reyes, decorados de pinturas y estatuas dan testimonio del reinado de las bellas artes en el imperio de Ciro. Sus inmensos Estados compuestos de mil pueblos distintos debían dar inagotables asuntos á la poesía, diferentes en su colorido, según las costumbres y la naturaleza que en ellos se reflejaban. Afeminada en la Jonia, arrogante entre la púrpura de los medos, sencilla y agreste en las montañas de Persia, y voluptuosa en la India cantaba como el árabe al patriarca sentado bajo la palmera del desierto en medio de sus rebaños y su familia. (1) (c)

Voy á dar á conocer algunos preciosos fragmentos de la literatura oriental, sacados del sanscrito de cuyo lenguaje he tenido ya ocasion de hablar varias veces. (2) Autorízame á hacerlo así la circunstancia de

(a) Es tanto lo que en la actualidad me chocan esas comparaciones, que á pesar de estar continuamente prometiendo no volverme á ocupar de ellas, no está en mi mano el pasarlas en silencio. ¿Qué paralelo es ese que voy á establecer entre Alemania y la antigua Persia? Es temeridad que en sí misma lleva su merecido castigo. (N. ED.)

(b) Al fin tengo que dar alabanzas á un clero, no obstante el tono filosófico de esta obra! Veíame irresistiblemente impelido hácia la imparcialidad. (N. ED.)

(1) Job.

(c) El Ensayo histórico y los Natchez son la mina de donde he sacado la mayor parte de los materiales empleados en sus demás escritos; pero los Natchez por lo menos están enteramente desprendidos de su primitivo origen. (N. ED.)

(2) Creo que una nota sobre el sanscrito no disgustará á

extenderse el imperio persa sobre una parte considerable de las Indias.

El primer fragmento está sacado del Mahabarat, poema épico de cerca 400,000 versos, compuestos por el brahma Kreesna Diopyayen Veias, 3000 años antes de nuestra era. El episodio llamado *Baghvat Geeta* era lo único de este poema que el traductor inglés, M. Wilkins habia publicado en 1785.

El asunto de este antiguo monumento de la poesía india es una guerra civil entre dos ramas de la casa real de Bhaurat.

Estando ambos ejércitos á punto de venir á las manos, el dios Kreesna que acompañaba á Arjoon, como Minerva á Telémaco, invita á su discípulo á que lance su carro entre los combatientes. Arjoon, tiende en derredor la vista y no viendo ni en una ni otra parte sino padres, hijos, hermanos y amigos dispuestos á degollarse mutuamente, exclama lleno de piedad y dolor.

O Kreesna! al ver á mis amigos tan impacientes por oír la señal del combate, me abandonan las fuer-

muchos de mis lectores (*). El sanscrito, ó mejor dicho, el sanscrito es como todo el mundo sabe, la lengua sagrada en que están escritos los libros de los Brahmas, únicos poseedores de su clave. Este idioma que en concepto de Mr. Halhed, primer inglés que ha llegado á comprenderlo, era en otros tiempos tan universal en las regiones de Oriente, que dominaba desde el golfo Pérsico hasta las mares de la China.

Las pruebas en que apoya esa opinión, están fundadas en inscripciones halladas en distintos puntos del país (**); y en la semejanza entre los nombres colectivos y numerales de aquellas regiones, y los mismos del sanscrito. Esa semejanza se extiende hasta los idiomas griego y latino. (***) No se hablaba el sanscrito sino en las altas clases de la sociedad, y el pueblo usaba otros dos idiomas vulgares.

Dividíase la cronología de los indios en cuatro edades, á saber:

1.ª La *Sutea Yoga*, ó la era de la pureza: su duración fue de tres millones doscientos mil años. Los hombres vivían cien mil años.

2.ª La *Tirtah Yoga*, (corrupción de la tercera parte del mundo). Su período fue de dos millones cuatrocientos mil años. El plazo de la vida del hombre era diez mil años.

3.ª La *Davapar Yoga*, (corrupción de la mitad de la raza humana), duró un millón y mil y seiscientos años. En esta era el hombre ya no vivía mas que mil años.

4.ª La *Cola Yoga* (corrupción completa), es la edad actual que durará cuatrocientos mil años, y de los cuales no han pasado aun mas que cinco mil. Es increíble que todas estas traducciones que tan extravagantes deben parecer á todo el mundo, estén sin embargo conformes con los mas exactos cálculos de astronomía. Mi autoridad en todo lo que acabo de decir se apoya en *Robertson's Historical Disquisitions*.

(*) Pudo esta nota tener alguna oportunidad en su tiempo, mas en la actualidad que ya es completamente conocido aquel lenguaje carece de interés. ¿Qué triunfante citaba yo las cuatro *yogas* ó épocas que suponía comprender, tantos millones de años y destruir la cronología de Moisés. En la actualidad ya se sabe que todos aquellos supuestos millones de años entran en el estrecho círculo de las tradiciones de la Biblia.

(**) No es esta una razón concluyente, pues pudo muy bien haber sido grabado el alfabeto sanscrito en las monedas persas, indias, etc., sin que en esas regiones se hablara dicho idioma. Sabido es que en la actualidad los chinos y los tártaros se entienden por medio de signos escritos, aunque sus respectivos idiomas son enteramente diversos. Las letras chinas son una especie de caracteres generales, y signos de determinadas ideas.

(***) Los dramas escritos en estos tres dialectos, no dejan la menor duda sobre este particular. Las diversas obras traducidas del sanscrito al inglés son el *Mahavarat* y *Sacotala* de la cual ya he citado algunos pasajes; *Hecto-Pades*, ó la obra original de donde están tomadas las fábulas de Esopo y de Pilpay; los *Cinco Diamantes*, ó estancias de los cinco poetas: una oda traducida de Wulli, y una parte del *Shaster*. Además de esas obras de imaginación se han encontrado escritos en aquel idioma sagrado tratados pertenecientes á distintas ciencias, y entre otros el famoso *Surya-Siddhanta*. Redúcese ese tratado á una colección de tablas astronómicas de la mas remota antigüedad, y calculadas con arreglo á teoremas de trigonometría completamente exactos.

zas, mi rostro empalidece, se me eriza el cabello, y todo mi cuerpo tiembla de horror. Grandew, mi propio arco, se me cae de las manos, y mi piel pegándose á los huesos, se deseca. ¿Me atreveré á pedir felicidad para mí despues de haber dado muerte á todos esos queridos parientes contra quienes tengo que combatir? O Kreesna, no ambiciono la victoria. ¿Que necesidad tengo de aumentar mi poder, ni el número de mis placeres? ¿Qué me importan los imperios, los placeres, ni mi propia existencia, sino existen los únicos que daban algun valor á esos imperios, á esos placeres y á esa vida? Padres, abuelos, hijos, nietos, tíos, sobrinos, primos, parientes y amigos, vosotros deseais mi muerte, y sin embargo yo no deseo la vuestra; ¡no! aun cuando por ella pudiera adquirir el imperio de las tres cuartas partes del universo, cuanto menos por un pequeño rincón de la tierra. (1)

La patética sencillez de este fragmento tiene una verdadera hermosura, y lo que mas admira es no encontrarlo recargado de aquel lujo de colorido, y de aquellos rasgos de desarreglada imaginación que constituyen el carácter dominante de la poesía oriental. Todo está escrito según en el tono de Homero; pero despues de este apóstrofe de Arjoon, Kreesna, con objeto de probarle que debe combatir, le contesta haciéndole presente sus deberes de príncipe, y entra en una difusa controversia teológica y moral con su discípulo, en la que á cada paso se revelaba el mal gusto y su ambición. Elegiremos para comparación del épico indio que acabamos de citar, un fragmento del épico alemán. La musa germánica, nutrida con la meditación de las sagradas Escrituras, presenta algunas veces toda la magestad y toda la sencilla magnificencia hebrea: de manera que en las frias regiones del imperio germánico suele encontrarse el ardiente entusiasmo de los poetas de Israel.

Klopstock en su inmortal poema pinta, la conjuración del infierno contra el Mesias. El sacrificio está á punto de consumarse; los fariseos triunfan, y el hijo del Hombre está sentenciado á muerte. Acompañado de su madre y discípulos, escoltado por soldados romanos y seguido de todo el pueblo de la Judea, avanza ya con la cruz al hombro hácia el lugar del suplicio: ya está en el Gólgota. Entonces Eloa, por mandado del Eterno, coloca los ángeles de la tierra en derredor de la sagrada montaña. Unos de estos se estacionan sobre las nubes, los otros vagan cruzando por el etéreo espacio.

Gabriel convoca las almas de los patriarcas, y los reúne sobre el monte de los Olivos, á fin de que presencien el gran sacrificio. Uriel comparece al mismo tiempo acompañado de todas las almas de las generaciones futuras. El globo inmenso en que habitan ha recibido orden de volar hácia el sol é interceptar su luz. Satanás y todo el infierno, oculto en el mar Muerto y entre las ruinas de Gomorra, contemplan la Redención. Los innumerables espíritus celestes que pueblan los astros y los soles, y los que rodean á Jehovah, están con la vista fija en el Salvador, y el Santo de los Santos, retirado en su incomprendible profundidad, cuenta las horas del gran misterio. Entonces... los verdugos se aproximaron á Jesús.

En aquel momento todos los mundos, con un rumor que resonaba á lo lejos, llegaron al punto de su curso desde donde debían anunciar la reconciliación. Detuviéronse: el movimiento de los polos se insensiblemente disminuyéndose hasta parar del todo. En todo el ámbito de la creación reinó el mas sepulcral silencio. El curso suspendido de todos los globos, anunciaba en el cielo las horas del sacrificio..... Los ángeles llenos de asombro, tenían puesta toda su atención en lo que iba á suceder. Jehovah lanzó una mirada sobre este mundo, y al ver que estaba á pun-

to de desquiciarse, lo sostuvo en su centro. Jehovah, el Dios Jehovah tenía sus miradas fijas en Jesucristo... y los verdugos le crucificaron.... A ese tremendo espectáculo los ángeles y los patriarcas enmudecieron de terror. La tenebrosa calma en que toda la naturaleza quedó sumergida, era la mas fiel imagen de la muerte. Hubiera podido decirse que súbitamente habían dejado de existir todos los vivientes, y que la vida se habia completamente apagado en todos los mundos.....

No tardaron las tinieblas en tomar posesión de la tierra sumergida en aquel pavoroso silencio, y en aumentar con su lobreguez la universal angustia. Las aves volaron silenciosas á esconderse en lo mas impenetrable de los bosques; las fieras buscaron asilo en las cavernas y en las hendiduras de las rocas; dominó sobre toda la naturaleza la calma mas aterradora. Los hombres, respirando trabajosamente un aire que iba perdiendo su elasticidad, levantaban sus ojos al cielo para encontrar un rayo de luz. La oscuridad se hacia cada vez mas densa, y llegó á toda su lobreguez cuando el disco del sol quedó enteramente interceptado por el astro ocupado por las almas de las generaciones futuras; entonces todos los límites del universo quedaron sepultados en los horrores de una espantosa noche.....

Brillaron por un momento los colores de la vida en la frente del Mesias; pero extinguiéronse rápidamente, y no volvieron á aparecer. Sus lívidas mejillas acabaron de marchitarse, y su cabeza, sucumbiendo bajo el peso de los pecados del mundo, se dobló sobre el pecho. Hizo esfuerzos para levantarla hácia el cielo; pero volvió á caer sobre el pecho. Dilatáronse con movimiento pausado y horroroso las nubes sobre el Gólgota, quedando suspendidas como la fúnebre bóveda que cubre los sitios en que la podredumbre devora los cadáveres. Sobre la cruz se fijó una nube que aventajaba á todas las demás en lobreguez, y parecia que de su seno se destilaba la horrenda calma de la muerte. Hasta los espíritus inmortales se llenaron de pavor. Un ruido súbito resonó en las entrañas de la tierra: temblaron los esqueletos que dormían en ellas, y el templo se estreñeció desde la base hasta la cúspide.

Volvió sin embargo á restablecerse el silencio sobre la tierra, y muertos y vivos, y los que han de venir á la vida fijaron sus estupefactos ojos en el Redentor. Presa de todos los dolores, Eva contemplaba á su hijo que insensiblemente iba sucumbiendo por una muerte lenta y angustiosa. No podían los ojos de Eva separarse de tan triste espectáculo, sino para fijarse en otra mortal que abrumada al pié de la cruz, con la cabeza caída sobre el pecho, con su rostro pálido y con su inmovilidad y silencio, imitaba ó sobrepunja el silencio de la muerte. Sus ojos no tenían ya lágrimas.... «¡Ah! dijo entre sí la madre del linaje humano, esa debe ser la madre del mas perfecto de los hombres; harto claramente me lo revela la inmensidad de su dolor. Si, esa no puede menos de ser la augusta María, que en este instante está sufriendo lo que yo sufrí cuando al pié del ara vi á mi hijo Abel anegado en torrentes de su propia sangre. Si! esa es la madre del Salvador, que está espirando.»

Distrajóla de estos pensamientos la llegada de dos ángeles de la muerte, que venían con vuelo grave y magestuoso de hácia las regiones de Oriente. Sus vestidos eran mas sombríos que la noche, sus ojos brillaban mas que la llama, y en todos sus ademanes se revelaba la terrible misión de destruir. Lenta y silenciosamente avanzaron hácia la colina de la cruz, á donde el Juez supremo les habia mandado ir. Las almas de los patriarcas, se postraron aterradas, en el polvo de la tierra, sintiendo las impresiones de la muerte y los horrores de la tumba, en cuanto la sustancia indestructible puede sentirlos. Cuando los dos

(1) *Baghvat Geeta*, p. 51.

terribles ministros llegaron á la cruz contemplaron al moribundo, y volviendo á tomar su vuelo, el uno á la derecha, el otro á la izquierda, dieron siete vueltas al rededor de la cruz. Dos alas cubrían sus pies; dos alas temblorosas velaban su rostro, y otras dos le sostenían en el aire, cuya agitación producía un quejido semejante á los dolorososacentos de la muerte, semejante al que resuena en los oídos del amigo de la humanidad cuando millares de muertos y moribundos nadan en sangre sobre un campo de batalla, de donde el amigo de la humanidad se apresura á separar la vista. Las alas de los ángeles difundían hácia la tierra los terrores de Dios de que estaban impregnadas, e iban á dar la séptima vuelta en torno de la cruz, cuando el Salvador levantó su abrumada cabeza y vió á los dos ministros de la muerte: entonces dirigió sus apagadas miradas hácia el cielo, y con una voz arrancada de lo profundo de sus entrañas; pero que no llegó á ser oída, exclamó: «Cesad de espantar al Hijo del Hombre: bien os conozco por el rumor de vuestras alas... me anuncia la muerte... Cesa, Juez de los mundos, cesa...» Al decir esto su sangre brotó á torrentes... Entonces los ángeles dirigieron hácia el cielo su estrepitoso vuelo, dejando á los espectadores emudecidos de espanto, y llenos de reflexiones angustiosas y confusas sobre lo que acababan de ver... El eterno ha cubierto este misterio con un velo impenetrable.....

Los cielos, el infierno, los hombres, las generaciones pasadas y futuras, los globos suspendidos en sus revoluciones, el mundo estacionado en su movimiento, la naturaleza cubierta de un velo, un Dios espirando, ¡qué cuadro! En vista de tal sublimidad sería ocioso cuanto pudiéramos decir.

El segundo fragmento que voy á trasladar del sanscrito es de un género enteramente distinto del primero que he citado. Entre los escritos indios se han descubierto una multitud de piezas de teatro compuestas en lengua sagrada, tan regulares en su plan, como interesantes en sus argumentos. Si pudieran ocurrir dudas acerca de la alta civilización de la India en otras épocas, bastaría esa particularidad para desvanecerla y despojar al propio tiempo á los griegos del honor de haber sido inventores del género dramático.

No solo admitió el teatro indio la máscara y el coturno, sino que alguna vez ensayó también el género pastoril, complaciéndose en representar las escenas campestres, y no temiendo rebajarse por pintar cuadros de la naturaleza. Vamos á citar una prueba.

Sacotala, princesa de ilustre prosapia, fue educada por un ermitaño en un bosque sagrado, donde pasó los primeros años de su vida entregada á ocupaciones rústicas y en medio de la inocencia pastoril. Estando á punto de abandonar ese querido, cuanto oscuro albergue, para pasar á la corte de un poderoso monarca á quien estaba prometida, las compañeras de su infancia se lamentan de su partida y hacen votos por su felicidad con las siguientes palabras:

«¡Oid, árboles del bosque sagrado! ¡oid, y lamentaos de que Sacotala tenga que despedirse de vosotros para ir al palacio de su esposo! ¡Sacotala! la que no bebía agua cristalina sin haber antes regado vuestras raíces; aquella cuyo afecto hácia vosotros era tan tierno que jamás arrancó ni una sola hoja de vuestro lozano follaje, por mas que sus hermosos cabellos estaban al parecer reclamando una guirnalda; aquella, cuyo mas grato placer era la estación en que se cubren de flores vuestras ramas flexible».

CORO DE NIÑAS DEL BOSQUE.

¡Acompáñenla todas las prosperidades! Rodéenla las ligeras brisas empapadas con todo el aroma de las flores. Préstense grata frescura durante su

viaje: los lagos de agua cristalina cubiertos de verdes hojas de lotos! Protéjanla de los abrasadores rayos del sol las sombras de los bosques!

Sacotala pide permiso á Cana, el ermitaño, para despedirse de la liana Madhavi, cuyas purpúreas flores inflaman el bosque; despues de haber dado un beso á la mas radiante de todas las flores, y de haberle explicado que la ciña con sus amorosos brazos, exclama:

¡Ah! ¿quien tira de los pliegues de mi vestido?—

CANA.

Tu hijo adoptivo, el cabritillo, cuyos labios has humedecido tú tantas veces con aceite balsámico cuando las espinas se los habían desgarrado. El cabritillo, á quien tantas veces has dado de comer con tu propia mano. Ahora no quiere separarse de su bienhechora.

SACOTALA.

¿Por qué gimes, tierno cabritillo? Necesariamente tengo que abandonar nuestra comun morada. Cuando á poco de haber nacido perdiste á tu madre te tomé bajo mi protección. Mi padre Cana cuidará de tí, cuando yo no habite en este sitio. Retírate, pobre cabritillo, retírate; fuerza es separarnos. (Llora)

CANA.

Esas lágrimas, hija mia, no convienen á tu situación. Ya nos volveremos á ver: cobra aliento. Si acude á tus hermosos ojos una ardiente lágrima, sepa tu valor contenerla aunque esté á punto de salir. En nuestro tránsito sobre esta tierra, donde la senda tan pronto se abisma en los valles, como sube á la cima de las montañas, y donde es difícil distinguir el verdadero camino que hemos de seguir, necesariamente han de ser desiguales sus pasos; pero no pierdas nunca de vista la virtud y ella te guiará con toda seguridad. (1)

Aunque no esté conforme con nuestras costumbres este diálogo, no puede menos de decirse que está respirando toda la calma y la frescura del idilio. La última lección de Cana, arreglada al gusto del apólogo oriental no tiene oportunidad: pero está llena de una amable filosofía. El Teocrito de los Alpes va á darnos un paralelo de este fragmento por lo tocante á la literatura alemana.

Pirro, rey de Brissa y Arates, amigo de Pirro, enviaron por mandado de los dioses, el primero á su hijo Evandro y el segundo á su hija Alcimna á ser educados secretamente entre unos pastores. El amor hirió el pecho de ambos jóvenes y se amaron mutuamente sin conocer su ilustre origen. Llegan sus padres, revelan el secreto y se unen los amantes. El Evandro no es la mejor producción de Gessner; pero ofrece interés por su semejanza con Sacotala. Al ver que el espíritu humano reproduce unos mismos asuntos á una distancia de 5,000 años, y en opuestos puntos del globo, se ensancha misteriosamente el campo del pensamiento filosófico. ¿Qué figuraba en el mundo la bárbara Helvecia cuando el autor de Sacotala florecía bajo el hermoso cielo de la India?

Alcimna sabe ya el secreto de su nacimiento y se ve rodeada de jóvenes que tratan de instruirla de los modales de la corte. Pero la princesa echa de menos, como la discípula de Cana, sus bosques, sus corderos, su cayado, y sobre todo sus amores. Esta situación da lugar al siguiente diálogo, entre la princesa y dos jóvenes de su comitiva.

SEGUNDA JOVEN.

Permitid que os diga debéis renunciar á las cos-

(1) SACONT., acto IV. p. 57, etc.

tumbres del campo para abrazar las de la corte. Una gran señora debe saber conservar su alto puesto. A nosotras se nos ha mandado no separarnos de vuestro lado é instruiros.

ALCIMNA.

Prefiero nuestras costumbres porque son sencillas, naturales y porque se aprenden por sí solas. Nadie entre nosotros viene á darnos lecciones: nos reiriamos del que intentara hacerlo como del que se empeñara en hacer aprender á un pájaro gorgeos distintos de los que le ha enseñado la naturaleza. Pero en fin dadme alguna noticia del género de vida que se usa en las ciudades. Mucho temo que no ha de estar conforme con mi gusto.

SEGUNDA JOVEN.

Por la mañana cuando os disperteis, que será á eso del medio día, pues las damas de gran tono no han de despertarse á la hora de los artesanos...

ALCIMNA.

¿Con que no oiré el canto de las aves, ni veré la salida del sol? Eso no me acomodaría.

PRIMERA JOVEN.

Vuestra hermosura os atraerá forzosamente muchos adoradores. Preciso os será estudiar el modo de complacer á todos, y no dar á cada cual mas que un poco de esperanza.

ALCIMNA.

Todos esos señores me fastidiarian grandemente si me hablaran de amor, pues yo nunca podré amar sino al que amo en la actualidad.

SEGUNDA JOVEN.

¿Es decir que amais?

ALCIMNA.

Si, por cierto; no me ruborizo de confesarlo. Amo con toda mi alma á un pastor, y él me corresponde con igual vehemencia. Mi amante es hermoso como el sol al asomar por el horizonte y encantador como la primavera. No es tan dulce el canto del ruiseñor como su voz. Si, querido mio, tú serás el único que yo amaré eternamente. Esos verdes árboles morirán, el sol dejará de alumbrar esas hermosas praderas, antes que tu Alcimna te sea infiel. Si, querido mio, juro.....

SEGUNDA JOVEN.

No jureis: vuestro padre no os permitirá que envilezcáis hasta ese punto vuestra ilustre cuna.

ALCIMNA. (con enojo)

¿Que quereis decir con mi ilustre cuna! Pues que ¿puede haber alguna que no sea noble y honrosa? ¡Oh! No entiendo nada de lo que me quereis enseñar. Preciso será que me habéis con mas naturalidad. Nunca acabaré de entenderlos. Estoy persuadida de que mi padre es un hombre razonable y no querrá que yo olvide lo que mas amo en el mundo, ni ame lo que mas detesto. Con cuánto pesar me separo de vosotras tranquilas moradas, sombras apacibles, ocupaciones inocentes! ¡Con cuánto placer os preferiría al tumulto de las ciudades; pero no puedo me-

nos de separarme de vosotras para seguir á mi querido padre. No habrá ciertamente venido á sacarme de aquí para hacerme desgraciada, porque yo lo sería hasta un punto que no me es posible expresar si tratasen de separarme del que amo mas que á mi misma. ¡Ah! no me inspireis esos recelos, amigas mias! ¿No es verdad que no tengo motivo de abrigar ese temor? (1) (a)

CAPITULO LIX.

FILOSOFÍA.—LOS DOS ZOROASTROS.—POLÍTICA.

El nombre del célebre Zoroastro (2) recuerda el del fundador de la filosofía persa, y el del orden de los magos. Su moral y sus dogmas fueron sublimes. Enseñaba la existencia de dos principios, el uno bueno y el otro malo que se disputaban entre sí el imperio de la naturaleza (3). La duración del primero abrazaba todos los siglos pasados y futuros; pero la del segundo se acabaría al acabarse el mundo.

Este antiguo sabio fue seguido en tiempo de Darío, hijo de Histaspes, de otro filósofo del mismo nombre que hizo alguna modificación en la doctrina de su predecesor. Es verdad que admitía también dos principios; pero los derivaba de un ser primitivo, cuyas inmensas miradas jamas llegaban á fijarse en la imperceptible raza de los hombres (4). Decía, que esos principios subordinados se regeneraban mutuamente sobre la tierra, cada cual durante un período de seis mil años; que el genio del mal sería últimamente subyugado por el principio del bien, y que entonces los hombres despojados de su grosera corteza, vagarian sin necesidades y en un estado de completa felicidad como ligeras (5) sombras por unas mansiones encantadas.

Los escritos del primer Zoroastro han perecido en las revoluciones de los imperios; pero algunas obras del segundo han podido llegar hasta nosotros. La mas considerable de ellas es el *Zend* (6) que existe aun entre los antiguos persas dispersados en las fronteras

(1) EVANDRO, acto III, escena v.

(a) La literatura alemana tiene indudablemente alguna semejanza con la oriental; pero tambien es cierto que cuando yo analizaba á Klopstock tenia poco conocimiento de la primera: de lo contrario, ¿cómo no habria citado á Willand, Goethe, etc. Ignoraba las diversas revoluciones que en los autores de la lengua germánica se habian instantáneamente verificado; puede decirse que yo no habia salido aun de Klopstock y Gessner.

En la actualidad no me parece sublime lo que yo consideraba como tal en la composición del *Mesías*. Siempre que saliendo del límite de las pasiones se lanza uno á concepciones gigantescas, no hay cosa mas fácil que remover el universo: para eso no hace ninguna falta el númen. Que se haga suspender la marcha de los globos en el firmamento; que se hagan aparecer cometas, ni que se coloquen los muertos y los vivos, lo pasado y lo porvenir en distintos mundos, todo eso no será mas que una estéril grandeza sin sublimidad, un lujo de imaginación bueno para un cuento de brujas, para entretenimiento de un niño. El fragmento de Klopstock que he citado, no ofrece un solo rasgo que merezca conservarse: el autor pasa con frecuencia cerca de una belleza sin echarlo de ver. ¿Quién no espera algun acontecimiento extraordinario al ver acercarse al Cristo los dos ángeles? Todo queda sin embargo reducido á lugares comunes sobre la muerte y el poeta, se ve tan embarazado con sus ángeles que cuanto antes puede, los despacha Dios sabe á dónde. (N. ED.)

(2) Este primer Zoroastro es el caldeo de quien ya he hablado en otra ocasion. Según Aristóteles, debió vivir seis mil años, antes de la toma de Troya.

(3) Hyde refiere algunas curiosidades por lo tocante al genio del mal. Los persas escribian su nombre con letras al revés: llamábanlo Arimanes, y al bueno Orosmanes.

(4) LAERT., lib. pár. vi, ix.

(5) PLUT., *Isis y Osiris*, tom. II, p. 133.

(6) Los magos han formado un epitome de este libro, dándole el nombre de *Salder*, y leyéndoselo al pueblo todos los dias festivos.

de la India. Este libro sagrado se divide en dos partes de las cuales la una trata de las ceremonias religiosas, y la otra contiene preceptos morales.

Poseemos además los fragmentos de otra obra del mismo filósofo con el título de *Oráculos de Zoroastro* (1).

La teoría de los gobiernos parece haber sido también familiar á los sabios de la Persia. No faltan autores que representan á Zoroastro el antiguo, bajo el aspecto de un legislador, y Herodoto introduce en su historia la escena de unos señores persas deliberando despues del asesinato del mago, sobre la forma de gobierno que habian de adoptar para el imperio. «El tirano, segun se dice en aquella escena, henchido unas veces de odio y otras de orgullo, comete acciones horribles.» Megabizes (uno de los interlocutores), opinó por la oligarquía, y pintó los furios del pueblo. Darío habló en favor de la monarquía, y triunfó (2).

Los magos y demás sacerdotes sometidos á los persas, sobresalian en el estudio de la naturaleza. Pueden apreciarse sus conocimientos en astronomía por una serie de observaciones de mil novecientos tres años que Calistenes, filósofo griego, que acompañaba á Alejandro, encontró en Babilonia (3). No nos olvidemos de la ciencia misteriosa que dió nombre á la secta que la practicó. La magia da testimonio de dos cosas, de la ignorancia de los pueblos de Oriente, y de las desgracias de los hombres de aquellas épocas. Solo el que padece es quien se afana por saber el porvenir.

No puede suponerse que tantas luces hicieran un contrapeso capaz de resistir á la corrupcion (a). Asi es que vemos extenderse bajo el imperio de Ciro un espantoso despotismo, vemos que los sátrapas convirtiéndose en pequeños tiranos de sus respectivas provincias, abrumaban á los pueblos postrados á sus piés, en tanto que un gérmen de lujo y de miseria devoraba á los grandes y á los pequeños. De ese cuadro moral y político del Oriente, considerado en el momento de establecerse las repúblicas en Grecia, resulta, que habia ya llegado á ese punto de madurez en que son inevitables las revoluciones, ó por lo menos al estado aquel de vicios y de ilustracion que da á un pueblo susceptibilidad de ser conmovido por las agitacion políticas de los Estados vecinos. La influencia de la revolucion republicana de Persia favorecida por causas internas, obró de un modo directo, pronto y terrible, porque la encontró dispuesta á tomar las armas á consecuencia de los sucesos que voy á describir.

Notemos de paso que el principal efecto de la revolucion francesa sobre Alemania influyó también por la via militar. Mas hallándose ese país en diferente si-

(1) Patrio publicó 323 versos de esta obra á continuación de su *Nova Philosophia de Universis*, impresa en Ferrara en 1591. No me ha sido posible adquirir este libro á tiempo de poder insertar la traduccion de dichos versos; pero si puedo lo haré al fin del tomo.

(2) HEROD., lib. III, cap. LXXX.

(3) SIMPL., lib. II, de *Cato*.

(a) Leyendo con atencion este libro se echa de ver que bajo el punto de vista político, mi objeto era demostrar que la república no podia tener buenos resultados en Francia; porque faltaba la necesaria pureza de costumbres. Yo convertia esa observacion en un principio general, dando por contrapeso de las luces la corrupcion, y no suponiendo que fuese posible la república en un pueblo antiguo y civilizado. Esto, como ya lo he dicho otras veces, nacia de no haber yo estudiado mas que las repúblicas bajo la antigua forma, y de este principio falso inferia que la civilizacion nos condenaba á una eterna esclavitud. Afortunadamente al pensar yo de ese modo incurria en un solemne error: estoy plenamente convencido de que la libertad es muy compatible con las luces, y que es mas amable en el estado actual de civilizacion bajo la forma monárquica, que bajo la republicana; porque aquella enfrena las ambiciones, cuyo encono se aumentaria con la poca pureza de las costumbres. (N. ED.)

tuacion moral que el imperio de Ciro, ni debió ni debe temer los mismos resultados (b). Contemplando lo pasado, es como puede adivinarse el porvenir. Hay un dato seguro que nunca extraviará á quien parta del mismo principio: las costumbres.

Antes de entrar en detalles de la guerra médica y de la lucha actual, conviene decir una palabra sobre la situacion política de la Persia y Alemania consideradas un poco de tiempo antes de aquellas calamidades.

CAPITULO LX.

SITUACION POLÍTICA DE LA PERSIA AL EMPEZAR LA GUERRA MÉDICA.—ESTADO DE LA ALEMANIA AL OCURRIR LA GUERRA REPUBLICANA.—DARÍO, JOSÉ, LEOPOLDO.

Reinando Darío, hijo de Histaspes fue cuando estalló la famosa guerra médica, cuya historia vamos á trazar. Aquel monarca reunió al parecer en su persona las diversas cualidades de los emperadores de Alemania José y Leopoldo. Aficionado á reformas y á la guerra como el primero de estos, y legislador como el segundo, tuvo también que luchar á un mismo tiempo contra los rigores de la fortuna.

El rey de los persas al ocupar el trono, llevó á cabo una grande revolucion religiosa, dando á los magos, que hasta entonces habian dominado en la opinion y usurpado las riendas del poder supremo, un golpe de muerte. No contento con haberlos precipitado de la cumbre del poder, los atacó en el origen mismo de su influencia, y substituyendo supersticion con supersticion, esto es, el culto de las estrellas al antiguo culto del sol, tuvo la destreza de desprestigiarlos á la vista del pueblo.

Este hecho, que atendidas las circunstancias en que se hallaba la Grecia, es de grande importancia, y que por sí mismo constituye un acontecimiento del mayor interés, apenas ha merecido la observacion de ningun historiador (c). Sin embargo, sus consecuencias debieron causar una viva conmocion. Si la ciencia de los hombres ha producido siempre los mismos efectos, si me es lícito discurrir acerca del efecto de las pasiones con arreglo al conocimiento que tenemos de ellas, puedo atreverme á conjeturar que la insurreccion de Babilonia y tal vez la de la misma Jonia, provinieron en medio de otras causas, que ahora no nos es posible apreciar, de las innovaciones religiosas (4) que en aquellos países se verificaron. ¿Quién podrá calcular hasta qué punto influyeron en los sucesos de la guerra médica, y por consiguiente en el destino de la Persia? Aquellas reformas sacerdotales y las del emperador de Austria en nuestros tiempos, consumadas unas y otras casi en el mismo instante de derrocar la monarquía en Grecia y en Francia presentan una de las mas interesantes afinidades de la historia.

Apenas José II trató de poner en planta las innova-

(b) No son muy exactas estas predicciones. La revolucion francesa no puede considerarse como un hecho aislado; el mundo se ha puesto en movimiento, y sigue marchando hacia un nuevo orden de cosas. La Francia se ha puesto al frente de ese movimiento; pero no lo ha iniciado: no ha hecho mas que acelerar la madurez de un fruto que caera del árbol al llegar su hora. (N. ED.)

(c) Esta es la mas curiosa de las comparaciones presentadas en este Ensayo, y el hecho histórico menos observado. (N. ED.)

(4) No es fácil suponer que un orden religioso de la mas remota antigüedad, y que gobernaba á su placer al pueblo, se dejara matar y proseribir sin poner en juego todos los recursos de su poder. Y puesto que Luciano nos dice que en su tiempo aun habia en Persia magos que vivian en el mayor grado de esplendor, bien se puede inferir que triunfaron de Darío. Por lo demás, Plinio y Arriano hablan del gran poder de los magos en tiempo de Jerjes, y de este príncipe como de un celoso sectario del segundo Zoroastro.

CAPITULO LXI.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION REPUBLICANA DE LA GRECIA SOBRE LA PERSIA.—Y DE LA FRANCESA SOBRE LA ALEMANIA.—CAUSAS INMEDIATAS DE LA GUERRA MEDICA.—Y DE LA GUERRA REPUBLICANA.—LA JONIA (2).—EL BRABANTE.

Las diversas colonias que los griegos habian fundado en las costas del Asia Menor, habian ido cayendo sucesivamente bajo el poder de los reyes de Lidia (3). Habiendo esta potencia sido á su vez derribada por Ciro, las ciudades de la Jonia tuvieron que someterse al yugo de la Persia.

No les fue sin embargo conocida la esclavitud mas que por el nombre. Sus nuevos señores no hicieron ninguna innovacion en el antiguo gobierno popular de estas ciudades, y se contentaron con exigir de ellas un ligero tributo (4); pero sus habitantes, incapaces de moderacion, no creian que hubiera mayor tormento que el reposo. Enervados con el lujo y las voluptuosidades, no conservaban ya de la pureza de sus costumbres primitivas, mas que una especie de inquietud siempre dispuesta á lanzarlos en la calamidad de las revoluciones, sin darles por eso la energía necesaria para saberse aprovechar de ellas (5).

Las colonias greco-asiáticas formaban un cuerpo de repúblicas que se gobernaban por sus propias leyes, bajo la proteccion de la corte de Susa (6), del mismo modo que los Estados confederados de los Países-Bajos respecto de los emperadores de Alemania. Muchas veces habian ya aquellas intentado librarse del yugo de la Persia, sin haberlo podido conseguir. Durante el décimonono año del reinado de Darío, se levantaron en masa los pueblos de la Jonia (7). Lo que generalmente daba margen á la insurreccion, eran esa clase de vagos rumores de tiranía, continuo pretexto de los facciosos, y que rigurosamente hablando, nada mas significan sino que hay necesidad de emplear expresiones figuradas para no usar en su verdadero sentido

(la de 1826) el primer tomo del *Ensayo*. No creo que ningun culpable haya nunca llegado á imponerse penitencia mas rigurosa. No por eso se crea que no me ha sido doloroso el castigo que me he aplicado. Desafío al crítico de peor intencion á que trate esta obra con mas rigor que el que yo la he tratado, pues no he tenido consideracion de ningun género ni con mi amor propio, ni con mis principios: así proseguiré haciéndolo en las notas del tomo segundo.

Seame ahora lícito preguntar al lector qué es lo que piensa por lo tocante al libro que acaba de leer. ¿Se ha hecho formar acerca de mi persona un juicio distinto del que ya tenia formado? ¿Qué juicio ha formado del autor al leer el *Ensayo*? ¿Será acaso un impio, un revolucionario, un faccioso, ó un jóven accesible á toda idea honrada, imparcial con sus enemigos, justo contra sí mismo, y á quien en el curso de una larga obra no se le ha escapado una sola palabra que revele bajeza de corazón? El *Ensayo* será un mal libro; pero si el autor no merece ninguna atalanza por haberlo escrito, ¿se le podrá por lo menos rehusar alguna señal de aprecio? Literariamente hablando, el *Ensayo* toca todas las cuestiones, discute todos los asuntos, promueve una multitud de ideas controvertibles, excita otras nuevas y presenta todas las formas de estilo. No sé si mi nombre llegará á la posteridad, ni si esta oirá hablar de mis obras; mas si el *Ensayo* pudiera librarse del olvido, en la misma forma que ahora tiene, y con las notas críticas que le acompañan, bien se puede asegurar que sería considerado como uno de los mas raros monumentos de mi vida.

(N. ED.)

(2) Bajo el nombre general de Jonia comprendo la Eólida y la Dórida.

(3) HEROD., lib. I, cap. VI.

(4) *Id.*, lib. VI, cap. XLII, XLIII.

(5) THEN., lib. XII, p. 326; HEROD., lib. IX, cap. CIV; PAUSAN., lib. III.

(6) HEROD., lib. I, cap. CXLII.

(7) HEROD., lib. V, cap. CXVIII.

ciones, corrió el clero alarmando las ciudades de los Países Bajos, diciendo que se atentaba contra sus franquicias, siendo así que en realidad no se trataba mas que de algunos conventos de frailes inútiles. La revolucion del Brabante produjo las mas funestas consecuencias. El pueblo, vencido únicamente por la fuerza de las armas, destituido de afecto hacia sus soberanos, ó mejor dicho, considerándolos como unos tiranos, lejos de adherirse con calor á la causa de los aliados, se presentó como fácil presa de los franceses. Nótese también al mismo tiempo la reaccion, digámoslo así, de la justicia general: aquel clero que sublevó á los pueblos del Brabante contra sus reyes legítimos, solo por salvar alguna parte de sus inmensas riquezas, vino por último á caer en manos de los republicanos, que sin consideracion de ningun género le despojaron enteramente de ellas (a).

Una guerra funesta desoló la Persia, y arruinó la Alemania. Darío en su expedicion de Escitia perdió un ejército brillante.—Los Estados de José acabaron de debilitarse con los esfuerzos que hizo al tomar parte en la expedicion contra la Puerta. Mas, en este particular conviene tener presente una diferencia local del mayor interés. Las tropas persas al dirigirse á la Tracia por las orillas del Danubio, se aproximaron á la Grecia.—El ejército austriaco al lanzarse sobre la Turquía, se alejaba por el contrario de las fronteras de Francia. Este incidente de situacion ha contribuido particularmente á decidir la guerra actual, pues, ó bien los emperadores se habrian declarado antes contra la república y la habrian encontrado menos preparada, ó bien los franceses no habrian podido penetrar en el Brabante. De diversos datos, diversas consecuencias.

Habiendo muerto José en Viena, le sucedió en el trono su hermano Leopoldo, gran duque de Toscana. Este, como acostumbrado á una posicion no tan elevada, y de un horizonte mas limitado, no pudo abarcar la inmensidad de la perspectiva, cuando se vió elevado á tan altas regiones. La naturaleza lo habia dotado de aquel género de vista que puede llamarse microscópica, porque distingue con claridad los detalles mas diminutos, al paso que no puede extenderse sobre las dimensiones mas latas del objeto. A pesar de esto, su carácter presenta algunos puntos de semejanza con el de Darío, particularmente en lo relativo al amor á la justicia, y al conocimiento de las leyes. Mas, el monarca persa dirigió á sus vasallos aquellas miradas que indican á los pueblos el camino que han de seguir, y el emperador austriaco los miró como el pastor que recuenta su ganado. El primero poseia la energía y la liberalidad del gefe que da, y el otro la frialdad y la parsimonia del depositario que enumera (1).

Tales eran los monarcas y el estado de los imperios cuando la revolucion republicana de Grecia y la de Francia hicieron estallar la guerra médica en el antiguo mundo, y la presente en el mundo moderno.

Intentaremos manifestar las causas que la desarrollaron (b).

(a) No carecen de exactitud estas observaciones, y es por lo tanto, lástima que estén debilitadas por la manifestacion de un espíritu anti-religioso. Todos convenimos en que hay frailes inútiles: sin dejar de ser buen católico puede uno decir con Fleury y con otros sabios sacerdotes que se han introducido algunos abusos; pero no quiero recurrir á esta defensa, prefiero decir la verdad, y es que al escribir el párrafo á que alude esta nota, me hallaba embobado en la doctrina de mi siglo. (N. ED.)

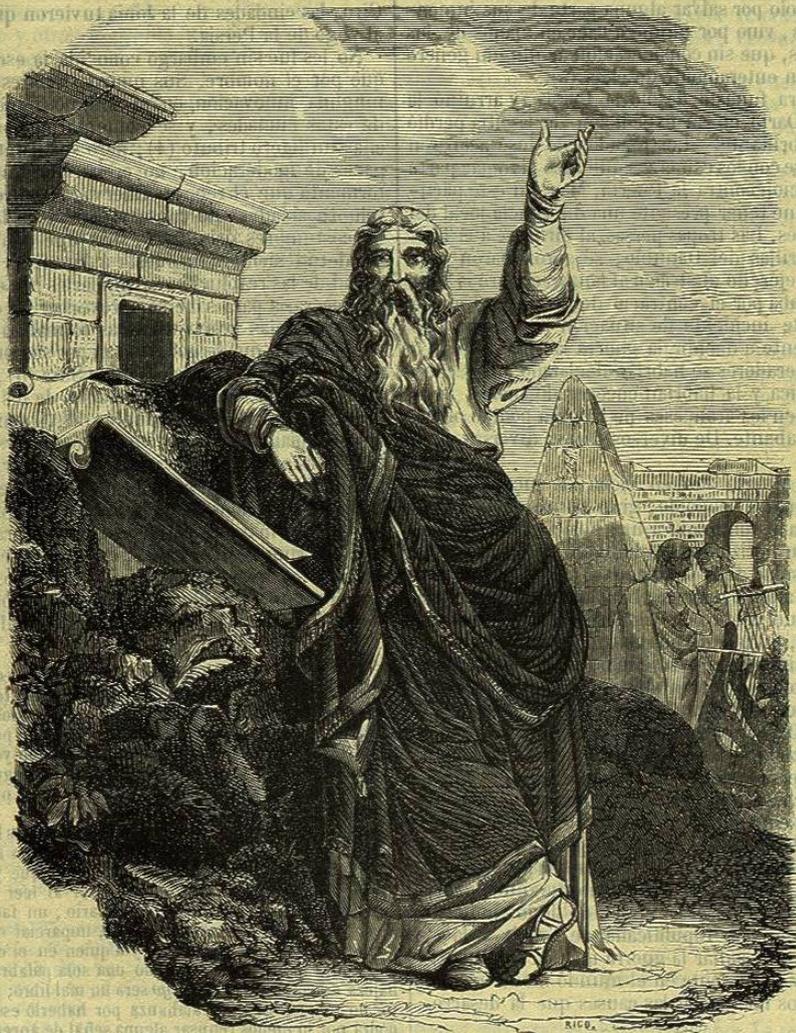
(1) Establezco este paralelo con arreglo al libro intitulado *Instituciones toscanas* de Leopoldo, por lo que he oído decir en Alemania á varios florentinos, y últimamente por la historia general de Europa en aquella época. Sin embargo, la justicia me obliga á manifestar que también he encontrado alemanes que profesaban veneracion á las virtudes de Leopoldo.

(b) He llegado ya al fin de lo que constituye en esta edicion

las palabras, odio, envidia, venganza, y todas las demás que componen el verdadero diccionario de las revoluciones.

—Habiendo el Brabante, que en lo antiguo había pertenecido al ducado de Borgoña, pasado al través de varias sucesiones, á la casa de Austria, permaneció en posesión de sus privilegios políticos, constituyendo una especie de república sometida á un poderoso imperio.

El carácter de los flamencos, civilmente conside-



PITAGORAS.

un instante, todo los Países Bajos estuvieron sobre las armas, y el emperador de Alemania comprendió aunque tarde, que no había conocido el carácter de aquellos hombres.

CAPITULO LXII.

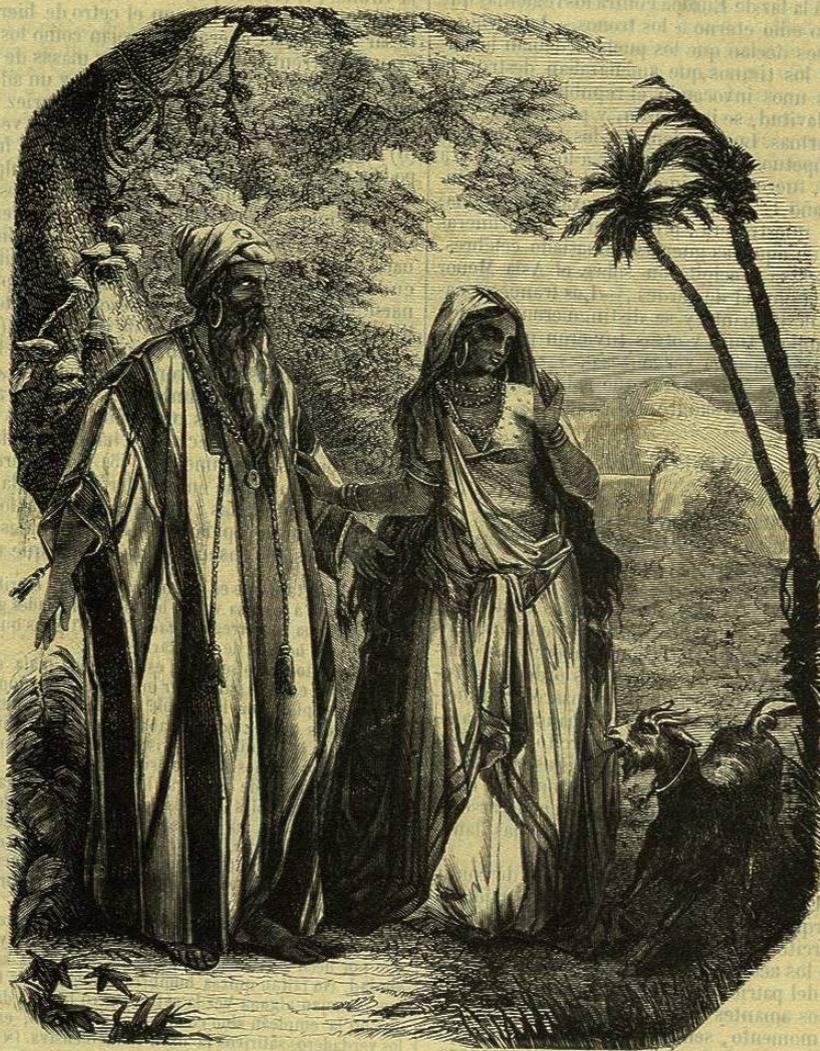
DECLARACION DE LA GUERRA MÉDICA, AÑO 1.º DE LA OLIMPIADA SEXAGÉSIMO NONA (305 AÑOS ANTES DE J. C.).—DECLARACION DE LA GUERRA DE 1792.—PRIMERAS HOSTILIDADES.

En tanto que en la Jonia y en el Brabante tenían lugar en sus respectivas épocas estos sucesos, eran la

rado, presenta singulares analogías con el de los griegos asiáticos, notándose también en los primeros la inclinación á insurreccionarse sin mas motivo, que el no poder permanecer tranquilos. Así lo demuestran la república del cervezero Artavelle (1), el destierro de muchos de sus ilustres ciudadanos, las revoluciones en tiempo de Carlos el Temerario, y los grandes trastornos bajo Felipe II (2). Hubo en las innovaciones de José causas mas que suficientes para sublevar á un pueblo turbulento y supersticioso. En

putados del Brabante á la Asamblea nacional francesa.

La impetuosidad atica y francesa habrían deseado lanzarse súbitamente á la medida que se les proponía; mas aun no había llegado la hora de hacerlo. No podían aun contar sino con preparativos muy poco adelantados; todavía se conservaba un resto de temor, y no era posible sin faltar á todo decoro romper la paz con Persia,—tampoco en Francia había ningun motivo de queja respecto de Alemania. No consiguieron, pues, los diputados, sino palabras consoladoras, y la seguridad de saber que los gobiernos á que habían acudido fomentarian en secreto los trastornos en que no podían tomar parte desembozadamente. (1)-(a)



SACONTALE Y EL ERMITAÑO CANA.

fugitivos.—Artafernes contestó terminantemente que

(1) Fuerza es creerlo así con arreglo á lo que dice Herodoto, en cuya narracion acerca de esto se encuentra alguna contrariedad. Además, mi opinion acaba de robustecerse con lo que Plutarco y Platon en el lib. iii. de las leyes dejaron dicho.

(a) Esto es grave: establezco conjeturas en vez de hechos históricos, y acuso sin presentar las pruebas de la acusacion. El gobierno francés trató de propagar los principios revolu-

No tardó en presentarseles una excusa en que fundar el rompimiento. Hypías, huyendo de Atenas, se había refugiado en la corte de Artafernes, hermano de Dario y sátrapa de Lidia.—Los príncipes, hermanos de Luis XVI, habían buscado un asilo en la corte de Coblenza.—En el acto levantaron los atenienses el grito, diciendo que Dario favorecía al tirano, y que este intrigaba para suscitar enemigos contra la patria: á consecuencia de esto enviaron diputados á Artafernes dándole á entender que debía dejar de dispensar su proteccion á Hypías.—Los franceses exigieron de Leopoldo que no consintiera reuniones de emigrados en sus dominios y dejara de proteger á los príncipes

si los atenienses deseaban reconciliarse con el gran rey, debían reponer al hijo de Pisistrato en el trono.—El emperador alemán aparentó ceder á las insinuaciones de la Asamblea, y secretamente obró en sentido contrario. (b)

cionarios, pero no fue durante la asamblea Constituyente, sino en la época del Terror: La preocupacion de mi sistema me hizo cometer un anacronismo. (N. ED.)

(b) Lo que digo respecto de los atenienses se funda en una